## La mesa del domingo

www.seculorum.es. Tertia Opera. Año XV Nº 18 Domingo XXX Ordinario. Ciclo -C- 23 de octubre de 2016

## La oración justifica al humilde

Dos domingos atrás hablábamos de la oración de acción de gracias a propósito del leproso que había sido curado. Más tarde, el domingo pasado, Jesús nos animaba a orar sin desfallecer, con esperanza e insistencia. Hoy ejemplifica dos modos de oración personificados en la que hacen el fariseo y el publicano de la parábola. Son dos modos de orar condicionados por la actitud de cada uno cuando se ponen en presencia de Dios. El domingo anterior decíamos que, al ponernos en la oración en la presencia de Dios solo podíamos hacerlo desde la humildad y el reconocimiento de nuestro pecado, sabiendo que nos ponemos ante el Ser puro que nos conoce por dentro y que sabe cómo pensamos, sentimos y actuamos. Pues bien, en ello está la clave para comprender qué tipo de oración hacen los personajes de esta parábola.

En la introducción, el evangelista nos aclara que la parábola viene a cuento "por algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás". Esto provoca la descripción de la oración del fariseo. Él se tiene por justo; no se reconoce pecador. Se pone en presencia de Dios presentando su hoja de servicios: ayuna dos veces por semana y paga el diezmo de todo lo que tiene. Eso le da seguridad de que cumple con la ley, de que, a ojos de la ley, es intachable, irreprochable. Cumplir todo eso le hace considerarse válido ante Dios. Se olvida de su pecado, de su imperfección, de sus propios errores. Se olvida de la misericordia. Vive las prácticas externas de su religión pero olvida su espíritu. Y lo que es peor es que todavía se permite la licencia de compararse con los demás, con los pecadores públicos, con el publicano que está rezando a la vez que él en el templo. Y, en su oración, nada menos que trata de sobresalir despreciando a los demás. Se compara y lo hace en los aspectos externos. Olvida que Dios conoce el modo de sentir de cada uno y olvida también que él no conoce ni el sentir ni el contenido de la oración del publicano que tiene cerca. El fariseo está lleno de los prejuicios que su sociedad vuelca sobre los publicanos. Da por hecho que en ellos no hay nada que pueda complacer a Dios, mientras que solo ve en sí mismo actitudes de prácticas exteriores que agradan a Dios. Definitivamente, el fariseo dedica parte de su oración a juzgar y condenar al publicano; la otra parte la dedica a presentar a Dios su hoja de servicios que le ha llevado a concluir que es un hombre justo ante Dios.

El publicano de la parábola se queda atrás, no se atreve ni a levantar los ojos al cielo y se da golpes de pecho pidiendo la misericordia y el perdón de Dios. Frente a la posición erguida del fariseo, el publicano se queda con la cabeza baja y no se atreve ni a levantarla. Él cree que no tiene mérito alguno ante Dios sino solo pecado, por eso centra el contenido de su oración en la petición

de perdón para sus errores. En su oración, no habla del pecado de los demás, solo del suyo. Frente a la actitud del fariseo, no habla de los otros, solo se fija en la necesidad que tiene del perdón de Dios en su vida y eso es lo que implora. En realidad, la diferencia esencial entre uno y otro es que el fariseo no se reconoce pecador y el publicano sí. Por eso, el primero no pide perdón, mientras que el segundo no centra en otra cosa la oración que realiza en el templo.

Pues bien, Jesús sentencia que el publicano volvió justificado a su casa mientras que el fariseo no. El que ha pedido perdón por sus pecados lo ha obtenido, pero quien no lo ha pedido, ha vuelto a su casa sin ese perdón. También a nosotros nos enseña la Iglesia que en la oración obtenemos el perdón de los pecados veniales. Para eso, nuestra oración deberá parecerse a la del publicano de la parábola. Porque si nuestra oración es semejante a la del fariseo, tampoco nosotros saldremos justificados de nuestra oración. Y es que reconocerse pecador es algo esencial e irrenunciable para ponernos en presencia de Dios; eso nos hace auténticos porque refleja la realidad de lo que somos. No reconocerlo y querer pedir recompensas a nuestros méritos nos incapacita para descubrir nuestra realidad y para recibir el perdón divino. Si nos humillamos ante Dios, él nos levantará, pero si nos ensalzamos ante él, él nos humillará. Los preferidos de Dios son los pobres, los humildes, los sencillos, los que se duelen de su propio pecado, los que reconocen su limitada realidad... Solo hay que mirar la enumeración de las bienaventuranzas. Otros dos ejemplos ilustran esto en las lecturas de hoy: "(Dios) no es parcial contra el pobre" y, en el salmo, "si el afligido invoca al Señor, él lo escucha. Que nuestra oración nazca de la sencillez y humildad de quien se siente pecador y ruega para que sea perdonado.

P. Juan Segura.

## www.seculorum.es

